

Sospecho que tanto en mis dos libros de relatos¹ como en las seis novelas² que hasta la fecha he publicado, la palabra *mente* no aparece impresa una sola vez. A ello seguramente haya contribuido cierto prejuicio materialista, y aunque no deseo entrar a considerar en toda su complejidad el problema mente-cuerpo, con su plausible corolario de un fisicalismo de tipo que sostendría la reducibilidad a propiedades físicas de toda propiedad mental, sí quiero dejar constancia de que esta prevención contra el término *mente* ha acompañado siempre mi escritura. Lo cual, sin embargo, no ha sido obstáculo para que algunos de los llamados *problemas de la filosofía de la mente* (por usar una terminología aceptada por la comunidad de estudiosos) hayan estado presentes en mis libros.

No en vano, aceptando una caracterización más o menos extensa de *lo mental*, caracterización que atendería, básicamente, a dos amplios géneros: 1.º) el estado que comporta contenidos, lo que los lógicos llaman *estados intencionales* -como la creencia de que Catherine Deneuve es la actriz francesa más bella de la historia del cine o la creencia de que los Estados Unidos de Norteamérica es un país formado por 48 estados continentales-, y 2.º) el estado que comporta cualidades sensoriales, o *qualia* -tales como el placer, la sed o las ganas de rasarse-, sin duda este segundo aspecto de *lo mental* ha desempeñado un papel clave en mi obra, sobre todo en *La ofensa*, una novela que, *grosso modo*, narra el calvario de un hombre inocente en un mundo donde la inocencia carece de significado, un hombre que, empujado a ser espectador de una experiencia traumática (una represalia ejecutada por la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial y en la que un pueblo entero es quemado dentro de una iglesia bretona), sufre un episodio de insensibilidad, una fractura total de los vínculos que unen su cuerpo con la realidad, provocando en él, como una especie de respuesta pendular (y, por descontado, *problemática* en términos filosóficos), una hipertrofia de sus capacidades intelectuales, que estos dos fragmentos de la novela insinúan en toda su crudeza:

Era obvio que, separado del mundo por la incapacidad para aprehender sus superficies, el antiguo hombre de confianza del *Hauptsturmführer* Löwitsch sólo podía conservar el recuerdo de lo vivido a través del lenguaje y de las ideas, pues ya no le era dado sentir qué cosa fueran el fuego o el frío, de modo que todo su pudor, esa segunda piel, resultó abolido de un plumazo. Pocos hombres, en efecto, han debido de sentirse tan libres en su mortalidad, en su finitud, como el sastre de Bielefeld, quien, como un dios privado de goces táctiles, sólo podía confiar en atrapar la vida a través de la imaginación y de la memoria³.

Obligado a ese pasmoso ejercicio de la razón, Lasalle aseguraba en sus memorandos que Kurt desplegó durante su «cautiverio» un potencial que, a buen seguro, jamás antes se le había supuesto, y que en condiciones normales es probable que nunca hubiera desarrollado. Primer miembro de una sociedad de seres única y exclusivamente pensantes, progenitor e hijo a un tiempo, sin hermanos de sangre ni vínculos con el pasado ni con el porvenir, Kurt, crecía, jornada a jornada, a ojos vista de Lasalle, en su pasmosa actividad intelectual⁴.

Dicho esto, debo reconocer que mi mayor interés, en lo que atañe a la constelación de significado que la palabra *mente* sugiere, ha tenido que ver con el espectro de las enfermedades mentales. Desde esta óptica, mi formación filosófica ha desempeñado un papel decisivo.

1. *Los caballos azules* (Ediciones Trea, Gijón, 2005) y *Gritar* (Lengua de Trapo, Madrid, 2007).

2. *La filosofía en invierno* (KRK Ediciones, Oviedo, 1999 y 2007), *Panóptico* (KRK Ediciones, Oviedo, 2001), *Los arrebatados* (Ediciones Trea, Gijón, 2003), *La noche feroz* (KRK Ediciones, Oviedo, 2006), *La ofensa* (Seix Barral, Barcelona, 2007) y *Derrumbe* (Seix Barral, Barcelona, 2008).

3. *La ofensa*, edición citada, p. 65.

4. *La ofensa*, edición citada, pp. 66-67.

Mis dos primeras novelas, *La filosofía en invierno* y *Panóptico*, abordan, respectivamente, los temas de la hipocondria («El miedo, tan extraño,/decrépito, infantil, peor que lo temido»,⁵ escribió Carlos Barral) y de la locura, de donde se puede colegir el universo de intereses que por aquel entonces informaba mi trabajo. Ambas novelas, sobre todo la segunda (evidente ya desde su título), remiten al universo foucaultiano y a su estudio de la enfermedad como espacio liminar entre lo correcto y lo prohibido, lo público y lo privado, lo sancionado por la sociedad como legítimo y lo censurado por esa misma sociedad como despreciable, además de su análisis de los espacios (asilos, cárceles, manicomios) donde se encierra, domestica y reglamenta el comportamiento de ciertos sujetos extraños (locos, mendigos, suicidas) que infectan el corpus social.

De toda la vasta y sugerente investigación foucaultiana, dos intuiciones me han subyugado. La primera es la constatación, recogida por Jean Hyppolite, el gran experto en el pensamiento hegeliano, de que

el estudio de la locura -la alienación en el sentido profundo del término- se sitúa en el centro de una antropología, de un estudio del hombre. El asilo es el refugio de aquellos que ya no podemos hacer vivir en nuestro entorno interhumano. Así pues, es un medio para comprender indirectamente ese entorno y los problemas que incesantemente le plantea al *hombre normal*⁶.

La segunda se debe a Georges Canguilhem, en su informe previo a la publicación de la tesis doctoral de Foucault, la celeberrima *Historia de la locura en la época clásica*. Escribe Canguilhem:

Toda la historia de los inicios de la psiquiatría moderna se presenta falseada por una ilusión de retroactividad según la cual la locura ya estaba *incluida* -aunque no percibida- en la naturaleza humana. La verdad, según Foucault, es que la locura tuvo primero que ser *constituida* como una forma de la insensatez, mantenida a distancia por la razón, condición necesaria para que finalmente pudiera ser contemplada como objeto de estudio⁷.

En *Panóptico*, intenté rastrear, a través de la historia de un inadaptado (un mendigo pederasta, con rasgos de genialidad en su escritura) esta arqueología foucaultiana de la enfermedad mental como construcción hecha por los detentadores del poder y por los dueños del discurso -si es que poder y discurso no son una y la misma cosa- para preservar sus paraísos naturales y artificiales. En el texto, enfrenté a mi mendigo (de nombre Westenra) con un psiquiatra (de nombre Winter) para oponer dos cosmovisiones del mundo y dos modos de actuar dentro de él: lo dionisiaco frente a lo apolíneo, lo irracional frente a lo racional, lo invasor frente a lo comedido, lo inútil frente a lo pragmático, lo audaz frente a lo morigerado, lo insólito frente a lo cotidiano. Mi propósito era mostrar en aquellas páginas cómo el hombre normal del que habla Hyppolite no existe, o expresado de una forma más bella y contundente, mantenerme fiel a la intuición de Dostoievski, contenida en sus Diarios, en virtud de la cual "no es encerrando al prójimo como se convence uno de su propia sensatez".

Quizá, glosaría yo, porque la sensatez no existe, ni a un lado ni al otro del espejo. Y quizá, yendo más lejos en la lítote al autor de *Crimen y castigo*, porque esa tarea que es la literatura me ha enseñado que el escritor es un resistente, un enfermo y un inútil, tres de las caracterizaciones de la anormalidad rastreadas por Foucault en su genealogía de los diferentes. Es un resistente porque su motor creativo es el inconformismo; es un enfermo porque lo ha ganado la tristeza de un mundo en el que no encuentra sentido pero acerca del cual se obstina en reflexionar; es un inútil porque lo que hace no le ayuda a ser feliz ni le convierte en más sabio.

Resistente, enfermo e inútil, el escritor es, por lo tanto, un cuerpo peligroso en una sociedad que quiere gente aquiescente, sana y efectiva; un revelador de todo aquello que las distintas encarnaciones del poder desearían que se mantuviera en penumbra; un marginal que encajaría bien entre aquellos que, históricamente, la medicina y la psiquiatría han definido como enfermos.

Mentales, por supuesto.

Ricardo Menéndez Salmón es escritor

Gijón, 2008

5. Véase el magnífico «Vaciado del miedo», en *Usuras y figuraciones*, Lumen, Barcelona, 1979.

6. Jean Hyppolite, *Figures de la pensée philosophique*, PUF, tomo PUF. La cursiva es mía; traducción es de Thomas Kauf en *Michel Foucault*, de Didier Eribon, Anagrama, Barcelona, 1992, pp. 106-107.

7. El informe de Canguilhem, por aquel entonces (1960) director del Instituto Francés en Hamburgo, puede leerse en la mencionada *Michel Foucault*, de Didier Eribon, pp. 417-422.